VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Octubre 24 de 1897 | Núm. 17

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



Carmen Saavedra

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

Feminismo

Si fuera la mujer instruida y cultivada, como es menester que sea, su actividad se emplearía en la sola organización fuera de toda producción, siendo esta del dominio del sexo masculino. Tendria que ejercitarse en tres órdenes de preocupaciones conexas por otra parte: la maternidad, la economía y la estética.

Los extensos y preciosos conocimientos adquiridos en vista de dicha acción determ nada, los aplicaria á su medio familiar y también al medio social.

Pero este último no tendria sino una parte relativamente restringuida de su tiempo y de sus fuerzas, y dicha parte no bastaria para obtener la buena organización particular y general de los recursos comunes; es entónces que deben intervenir las mujeres aisladas que una razón ú otra obligan á procurarse recursos: aisladas por circunstancias desgraciadas, por su propia voluntad.

Unas y otras quedan pues designadas para desempeñar, en el medio más vasto que es la sociedad, el papel de organizadoras que no tienen que llenar en un medio particular. En todos los grados de la riqueza, desde el más miserable hasta el más afortunado, la necesidad de una intervención organizadora se deja sentir. Es ahi que hay que buscar empleos para las mujeres, es ahi que sus facultades más eminentes, hasta su génio, se revelaria con real eficacia. El terreno está absolutamente virgen; todo está por crear por la simple iniciativa personal y privada, sin que ninguna reglamentación, ninguna legislación, fuera de la legislación general, pueda absorver ó trabar la obra inteligente de la mujer.

Hay que instruir á la mujer por los procedimientos cuidadosamente racionales y las formas precisas de la cultura moderna; y hay que aplicar dichos procedimientos y formas al mismo conocimiento que ella necesita; menester es que sepa, que comprenda, que pueda así volverse el ama de la casa esperada para ponerlo todo en órden.

Es que la existencia común no es solamente la de marido y mujer, de padre é hija, de hermano y hermana: es la de nosotros todos, de todos los séres sociales, en la vasta acepción reconocida ahora por la palabra *solidaridad*. Y en vano se busca por todos paliativos ó remedios al mal social; mal social no hay sino uno, real y profundo, del que derivan todos los otros. Es la dilapidación ó empleo irrazonado de aquella mitad de fuerzas comunes; la actividad de la mujer, que se dispersa por todo, en el taller ó en las calles, en vez de concentrarse en su solo y verdadero papel: el ama de casa.

Hénos léjos de las ambiciones de nuestros actuales feministas. Las mujeres pueden ser excelentes abogadas, políticas, diplomáticas; pero no alcanzarian con eso, según se cree comunmente, una altura mayor, muy por el contrario. Todo eso es la cocina de la vida: los hombres tienen la bondad de hacerlo, no se lo disputemos. Venga la cultura racional del espíritu de las mujeres, y se verá si éstas buscan otra obra que su obra soberbia, de profundas y dilatadas repercusiones.

El todo consiste en ayudar la dirección de los primeros ensayos; es posible organizarse para ello. Las mujeres cultivadas racionalmente que quieran crearse recursos personales, tendrán que inaugurar servicios nuevos en terrenos aun casi inexplorados. Según sus facultades especiales, se harán, de conformidad con los tres órdenes de nociones designados más arriba, madres suplentes, economistas ó artistas.

Madres suplentes, sabrán cultivar á su turno los niños privadas poco ó mucho de su madre natural; no serán ya esas institutrices casuales cuya buena voluntad queremos respetar, pero cuya desoladora ignorancia, pronta á la vanidad, es el mas cruel flajelo tal vez de la educación llamada burguesa.

Economistas, sabrán organizar las relaciones de los consumidores con los productores, sin permitir que entre los dos los parásitos absorban la mayor parte del precio del intercambio.

Artistas, afirmarán y difundirán el culto y la práctica de la belleza bajo todas sus formas y en todas las ocasiones de la vida, pues es la vida misma que tomarán como materia y como especialidad.

Tales son las principales formas de empleo para las energias y actividades de la mujer racionalmente cultivada que quiere crearse recursos personales.

A. L.

IN RURE

¡Qué hermoso estaba el campo... ! La colina,
En cuya agreste falda
Mirándose en el agua cristalina
Se cimbraban los juncos de esmeralda,
En su agreste retiro solitario
Nos pareció á los dos aquella tarde
Un recién bendecido santuario.
Entre incendiadas nubes de colores
Lanzaba el sol cobarde
Sus últimos sangrientos resplandores
Y al mismo tiempo purpurear le vimos
La ondulada cresta de las palmas;
Más ni un adiós al astro dirijimos,
¿Para qué mejor sol que nuestras almas?...
En la campiña toda
Cada nido era un cántico de boda,
Cada juncal armónico salterio,
Cada rama la cuerda de una lira
En que el viento suspira
Los goces del amor en el misterio...
De pronto, ardiente, fascinada, loca,
Dejó un beso en mi boca,
Y arrepentida de su amor salvaje,
Mas—¡sigueme!—diciendo con los ojos,
Se perdió ruborosa entre el follaje
De tiernas lianas y de seibos rojos.

CÁRLOS ROXLO.

Llanto de ángeles

Rubita como los trigales en estio, blanca como los picachos del monte en invierno, y con los ojos azules como las violetas en primavera, asi era Bebé, la niñita cuya voz semejaba al gorgeo de las golondrinas en otoño.

Un dia, ¡qué dia tan triste! hizo presa en la hermosa niña un mónstruo horrible: la diftéria.

Y Bebé, ya no cantó más, ni jugó con sus muñecas, ni la dejaron ver á sus hermanitos; y cuando un señor muy viejo y muy feo le hizo *pupa* en la garganta, la chiquitina, como pajarillo que agita las álas para levantar el vuelo, agitó sus bracitos, quejose con voz extrangulada y se murió en la tierra para despertar en el cielo.

Y al cielo fué Bebé.

La niña rúbia como los trigales de estio; la niña blanca como los picachos del monte de invierno, la niña de los ojos azules como las violetas en primavera; la niña cuya vocesita semejaba al gorgeo de las golondrinas de otoño... se fué al cielo. Y una noche, Bebé, cansada de jugar con los ángeles y querubines, miró á la tierra, y buscó en ella su casa, y con anhelante curiosidad, quiso ver más.

Y vió á sus hermanitos vestidos de negro, y los vió sólos, muy tristes y muy pálidos, porque su madre también se habia dormido con sueño de muerte.

Y siguió mirando y vió más todavia: vió en el sitio de su madre á otra mujer; la *madrasta* como la llamaba Luisita... y ya no vió más Bebé; las lágrimas anublaron sus azules ojos, y aquellas lágrimas puras como el fleco de un astro, y brillantes como chispas de sol, cayeron sobre la alfombra de luz del cielo y fueron á perderse entre rosas y espumas de arroyos de plata.

En el instante mismo en que Bebé lloraba, los observatorios astronómicos anunciaron un fenómeno celeste: *llúvia de estrellas.*

Y se dijo que aquello era materia cósmica... fragmentos de constelaciones...

¡Qué equivocación! Cómo si la llúvia de estrellas no fuese llanto de ángeles!

Llanto de ángeles, de ojos como violetas en primavera; llanto de ángeles cuyas vocesitas semejan al charlateo de las golondrinas en otoño; llanto de ángeles blancos como los picachos del monte de invierno; llanto como de ángeles rúbios, rúbios como Bebé, rúbios como los trigales de estio...

BLANCA BELMONTE.

Octubre, 22 de 1897.

LA VIDA

Cielo y mar ¡ ay ! la vista nada alcanza
A ver; solo una línea, el horizonte,
Y las nubes allí formando un monte
Que lento y magestuoso siempre avanza.

Cielo y mar es la vida ; nadie alcanza
A ver el porvenir, y también ella
Tiene horizonte, nubes y una estrella
Que luce y nos anima ¡ la esperanza !

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Octubre 23 de 1897

CANZONE

(De la ópera *Iole* que está componiendo actualmente el maestro don León Ribeiro, sobre un libreto del profesor don Lucillo Ambruzzi).

O povero Amor mio, perchè sei nato,
Se la felicità t' è sconoscinta ?
La pace del mio core sventurato
O Amor, per te ho perduto.
Di pianto e vana speme sei nutrito,
O Amor, e di sospiri e di desio.
Vieni, moriam ! sarà cosi finito
Lo strazio del cor mio.
Ma prima di morir va dal mio bene,
E dille che per lei penato ho tanto :
Dille che l'alma mia con te ne viene
Falta di baci e pianto.

LUCILLO AMBRUZZI.

Montevideo, Octubre 23 de 1897.

LA GOTA DE AGUA

A Juan Cárlos Menéndez

Desde el cielo cubierto por negros nubarrones, se descolgaban las gentiles y delicadas gotitas de agua, girando á través de la impalpable gasa de aire y formando al rebotar sobre los charcos del suelo, transparentes peoncitos de ajedrez.

Una de ellas la más hermosa y pura, cruzaba el espacio rápidamente.

Parecia jovial, risueña. Quizá era feliz porque podia besar libremente el aire que la rodeaba. Era coqueta.

Al fin, mujer!

De repente chocó con la punta de un pararayos y se dividió en dos gotitas que partieron en dirección divergente.

Se miraron por última vez. Maldijeron al cruel pararayos que las habia separado y un adiós muy ténue cual un leve chasquido cruzó el espacio.

Se despedian para siempre aunque un secreto instinte les murmuraba que se reunirian algun dia.

Cayeron en un jardin.

Una de ellas se posó sobre el pétalo de un pimpollo de rosa thé y de alli resbaló hasta lo más recóndito de la flor, y la otra cayó en el cáliz de una azucena.

—

El sol era de oro, el cielo estaba esmaltado de un azul profundo, el aire era fresco é invitaba á aspirarlo, las avecillas cantaban alegremente y las flores del jardin esparcian sus fragancias más delicadas. El pobre Raúl se paseaba por las enarenadas sendas, entre su querida madre y su amada, la gentil María.

Estas le ayudaban á caminar, sosteniéndole cariñosamente con sus brazos.

La tisis le estaba concluyendo las pocas fuerzas que tenia, y aquel dia era uno de los últimos de su vida:

¡Pobre Raúl!

Al pasar cerca de la azucena la arrancó delicadamente y tendiéndosela á su madre querida le dijo:

—Tómala, ella no es tan pura como tu cariño.

Al pasar cerca del rosal recogió el pimpollo más gallardo y se lo dió á su amada diciéndole:

—Este pimpollo no es tan hermoso como tú.

La madre y la amada de Raúl aproximaron á sus lábios aquellas flores y las besaron.

Las gotitas de agua que en ellas estaban escondidas, se evaporaron al calor de aquellos besos posándose en los ojos de las dos mujeres.

—

Aquel dia era muy triste

Raúl se moria.

Su rostro cadavérico estaba hundido en la almohada y su cuerpo yacia sin movimiento en aquel lecho.

La madre y la amada estaban inclinadas sobre Raúl esperando el fatal momento.

De pronto, aquél lanzó el último suspiro.

Ellas se inclinaron aún más y le recogieron con sus lábios, mientras que de sus ojos caian dos lágrimas sobre la pálida frente de Raúl.

El silencio de la estancia fué interumpido por los sollozos de aquellos dos séres.

Sobre la frente de Raúl se oyó algo como un ténue chasquido.

Eran las dos gotas que se besaban alegremente.

Se habian reunido para siempre.

Otto Miguel CIONE.

San José de Mayo, Octubre 22 de 1897.

FRENESÍ

Ven, angel mio. Tus amantes brazos,
como en otrora, con sublimes ánsias,
ciñe á mi cuello. Tu aromada boca
junta á mi boca, mi inocente amada...
Asi... que dulces,
que perfumadas,
que suaves y que púdicas caricias;
¡tus caricias!... qué tiernas y qué lánguidas!...
Asi, hermosa, sentada en mis rodillas,
blándamente mecida, enamorada,
cual siempre cariñosa y seductora,
radiante, pura, inmensamente casta,
asi, bien mio,
alma de mi alma,
dejemos que las horas se desliceu
arrobadoras á la par que rápidas.
Asi, mi albo querub, mi amor, mi vida,
virgen la más sensible y delicada,
contra mi pecho el seno de alabastro,
nido de amores que no tienen mácula,
la tersa frente
cual lirio pálida,
flotante, así, la rúbia cabellera,
que tiene de mis besos la guirnalda.
Asi, unidos tus lábios y mis lábios
en un beso febril... beso que embriaga;
asi, por siempre delirando juntos,
viviendo del amor que nos inflama,
transcurra el tiempo
y si, enlutada,
la parca en torno nuestro se cerniera
¡una un eterno beso nuestras almas!

Juan Cárlos MÉNENDEZ.

San José de Mayo, Octubre 21 de 1897.

NUESTROS COLABORADORES



Santiago A. Maciel

Primavera

La rúbia y sonriente primavera vino á visitarme acompañada de un alegre placentero rayo de sol. Sus prismáticos cabellos brillaron á la primer caricia de la aurora triunfante y la ligera túnica que cubría su cuerpo etéreo, abanicó suavemente los broches aún cerrados de las flores de mi jardin.

Yo estaba todavia en el lecho. Junto á mi, mirándome con sus ojos luminosos, Margarita me sonreia. Sus lábios rojos resplandecian como dos manchas sangrientas y sus dedos armiñales acariciaban indolentemente las desordenadas guedejas de mis cabellos.

De pronto, parecióme sentir algo asi como un vehemente deseo de besarla. Acerquéme á ella, y nuestros lábios temblorosos encubaron el más sonoro y voluptuoso beso que dos amantes se hayan dado sobre la tierra.

Después nos abrazamos. ¡Era la segunda primavera que surgia en el luminoso cielo de nuestros plácidos amores!

***

Aquel dia era un poético dia domingo. Cruzó el sol tranquilamente el meridiano, y poco á poco fué descendiendo hácia su eterno lecho de descanso. Las calles de la ciudad parecian sonreir con sus aceras esplendentes y llenas de luz. Hácia los cuatro vientos se oian algazaras de francas alegrias. Al sur, gruesas y estentóreas carcajadas de obreros que concurren á la taberna; gritos de pilluelos en las callejuelas estrechas, y encantadoras charlas de mujeres sin sombrero y mozos de ensortijadas melenas.

Al este, bravas risas de robustos marineros; luminosos paisajes marinos bajo un cielo azul pálido, y acompasados golpes de remos que azotan las ondas rumorosas.

Al oeste, paseos á caballo; tranquilas horas pasadas bajo los árboles verdeantes, y melancólicos crepúsculos llenos de una sugestiva languidez amorosa. Y al norte, como un derroche de lujo fastuoso, el heterogéneo desfile de los poderosos: ¡Palermo!

***

Luego la noche. Una agradable y placentera noche, llena de perfumes y de harmonias. En la arqueada bóveda del cielo, como un enjambre de abejas luminosas, las estrellas tremulantes é indecisas, con sus parpadeos temerosos; la via láctea, con su magnifica estela de brumas; y la eterna y melancólica nóvia de Pierrot, mostrando su faz descolorida y moribunda.

Por la avenida Alvear, contínuo y monótono desfile de carruajes, ocupados por parejas silenciosas, y en Palermo, junto á los verdes márgenes del Plata y contemplando sus aguas cabrilleantes, confusos grupos de enamorados que se internan bajo el fresco follaje de los árboles, ó extáticos soñadores,—eternos argonáutas del aladó esquife del ideal,—recordando las serenas y luminosas frases de sus maestros.

***

Y al volver al misterioso nido de mis amores, Margarita volvió á sonreirme picarescamente. Sus mejillas sonrosadas eran la viva expresión de la alegria primaveral y su hermosa cabellera, artísticamente peinada, traiame á la memoria el recuerdo de aquellas elegantes damiselas, pintadas por el gentil yenamorado Wateau.

Un beso, otro beso... Y á soñar! Bendita séas, ¡oh, reina de los frutos y de las flores, divina Primavera!

José PARDO.

Buenos Aires, Octubre 20 de 1897.

Las tres bellezas

Dijo en la Grecia un cantor
á las bellezas de alli:
bellezas, venid á mi,
quiero cantar la mejor.
Tres solas fueron al juez
por la vega ancha florida:
la competencia del Ida
principió segunda vez.
Que se alcen alli tres tronos
dispuso el cantor sirviente;
al norte, al sud y á poniente,
los tres de distintos tonos.

***

Vese subir por el valle
una beldad sin segundo,
de esas que celebra el mundo
por su gracia, frágil talle,
Noble ademán, escultura
cual Fidias no concibiera,
encantadora, hechicera,
prototipo de hermosura.
Al verla asi Anacreonte
dijo: ¿Quién eres mortal?
—*La belleza corporal.*
—Ven, y á mi derecha ponte.

***

Por la ladera de oriente,
con mesurado compás,
vino, de aquella detrás,
otra beldad eminente.
Con tocado de esplendores,
circundada de arrebol,
brillando en su frente un sol
de mil rayos y colores,
A todos enardecía.
los espácios alumbraba,
las tinieblas disipaba
y al orbe entero rendía.
—Yo soy, ante el juez llegando
aquella ninfa ideal,
la belleza intelectual,
y quedó como esperando.
El juez, con el sobresalto
que le causó la visión,
dijo con resolución :
— Ocupa el trono más alto.

***

Recogida y silenciosa
allí llegó otra beldad,
que ocultó su magestad
con velo de azul y rosa,
Pero á través del cendal
que su excelso rostro encubre,
por las mallas se descubre
su mirada celestial.
Y modesta y resignada
parose junto al cantor,
realzando su esplendor
el permanecer velada.
—Suelta en holgado ropaje
que oculta tu faz y pecho.
— No puedo, porque está hecho
de hilas, parches y vendaje.
--Arroja, pues, ese manto
y te juzgaré después.
— Los anchos pliegues que ves
son para secar el llanto.
— Y ese pañuelo en tu mano
limpio y blanco cual armiño?
—Sirve de vestido al niño
y de abrigo al anciano,
—Y esa lágrima que veo
abrillantar tu pupila ?
— Es bálsamo que destila
la flor de mi buen deseo.
— Quién te escuda, desdíchada,
si álguien tu candor humilla ?
— Preparo la otra mejilla
al darme una bofetada.
—Mal con los hombres se aviene
tu misión enaltecida,
— Voy repartiendo mi vida
por darla al que no la tiene.
Y perdida ya la calma
exclamó el juez con império :
-- Dime quien éres, misterio ?
— *Soy la belleza del alma.*
Y tal era en realidad ;
porque en su pecho tenía
un escudo que decía :
aquí está la *Caridad*.
— Pronto colmaré tu anhelo
dándote el premio mejor.
— No lo admitiré, señor,
porque el mío. . . está en el cielo.
— Cuanto más bajas más subes
con tu humildad, te lo abono ;
voy á levantarte un trono
que se perderá en las nubes.
— ¡ Más alto ! la multitud
exclamó á grito vibrante ;
que un trono así no es bastante
para brillar la virtud.
— Bien ! y de este grito en pos
y para eterna memoria,
le alzaré un sólio de gloria
que llegue hasta el mismo Dios.

FRANCISCO DE ASIS CONDOMINES.

Montevideo, Octubre 23 de 1897.



Calle 25 de Mayo y Plaza de la Constitución de la ciudad de Melo—(De fotografía)

Música de Verdi

Hablar algo nuevo é interesante sobre la música!...

Y yo qué les diré? ¿qué frases afiligranadas podré bordar sobre joyas de ricos pensamientos, que no sea ya formulado por otros escritores, por más novedosas que fueran mis ideas y por galano que fuera mi estilo?...

No obstante, probaré de expresar mis ideas, sinó interesantes, á lo menos sinceras: notas vibrantes de mi organismo predispuesto como una harpa cruzada de cuerdas de nérvios para recibir todas las impresiones estéticas de lo bello.

¡Cuántas veces, en el *Instituto Verdi*, despertadas al mágico conjuro de gentiles niñas que las han llamado, desfilaron ante mi las bandadas de las harmonias de Chopin, las sentidas sonatas de Grieg!...

¡Cuántas veces he visto irradiar al explendor de la música inmortal del Cisne de Pésaro, y he escuchado los torrentes cristalinos que el canoro Verdi nos derrama en sus magistrales composiciones!

Y he visto que, más de una

> Linda uruguaya que en sus quince abriles
> Muestra ya el gérmen de mujer hermosa
> Como muestra el botón en los pensiles
> El explendor de la entreabierta rosa.

que dulce influencia produce con su música inspirada sobre nuestro organismo, que él también es una lira grandiosa, cuyas cuerdas de fibras son estremecidas cuaudo las pulsa el sentimiento con sus dedos de rosa.

He admirado el génio que ha compendiado en el piano, la lira y zampoña, las harpas y las tiorbas; el piano! inmenso laud cuyas pulsaciones harmónicas están templadas al unisono de nuestras almas, en sus tristezas ó en sus alegrias!

¡Y qué historia (que recuerdo ahora) más amena la de la evolución de los modos distintos de expresar la música que han tenido los pueblos!... A las rústicas caracolas, sucedieron las trompas, los clarines; á la lira, el laud de multiples cuerdas, y luego, el piano; á la flauta de Pan, el órgano sonoro de mil tubos donde el viento gime las plegarias del *Stabat Mater*. Así evolucionaron. A los modos frijio y dórico con ritmo espondáico, el canto llano, que, en su austeridad dispone á los hombres al recogimiento que suplica y ora. Así, á los acentos lánguidos de los copleros medievales que tanto afeminaron á los cruzados legendarios ha sucedido la hermosa tonalidad de ahora, rica en ritmos, con modulaciones melódicas, con sus giros tan variados y tan originales que cópian á la naturaleza sus rumores y á la vida sus dramas apasionados.

Es que la música es la compañera del hombre en sus tristezas y en sus alegrías. Desde la cuna al sepulcro, la música lo acompaña doquiera vaya. Es la voz de la celestial esperanza que Dios le ha dado; porque Él la escucha en todas partes, de diferentes maneras. Desde el rumor que producen los remos golpeando las azules aguas de un lago impulsando á la góndola elegante, hasta el rumor del rayo que salta de roca en roca en los Andes, estrellándose en las profundas gargantas, en chispas sangrientas, tronando potente como el porta-voz del

destino de los pueblos; desde el vibrar de los sonantes élitros del grillo aturdidor, oculto, entre el césped de los campos, hasta las escalas cromáticas del ruiseñor que, en horas de solemne silencio canta sus amores á los astros que voltean en los espacios siderales.

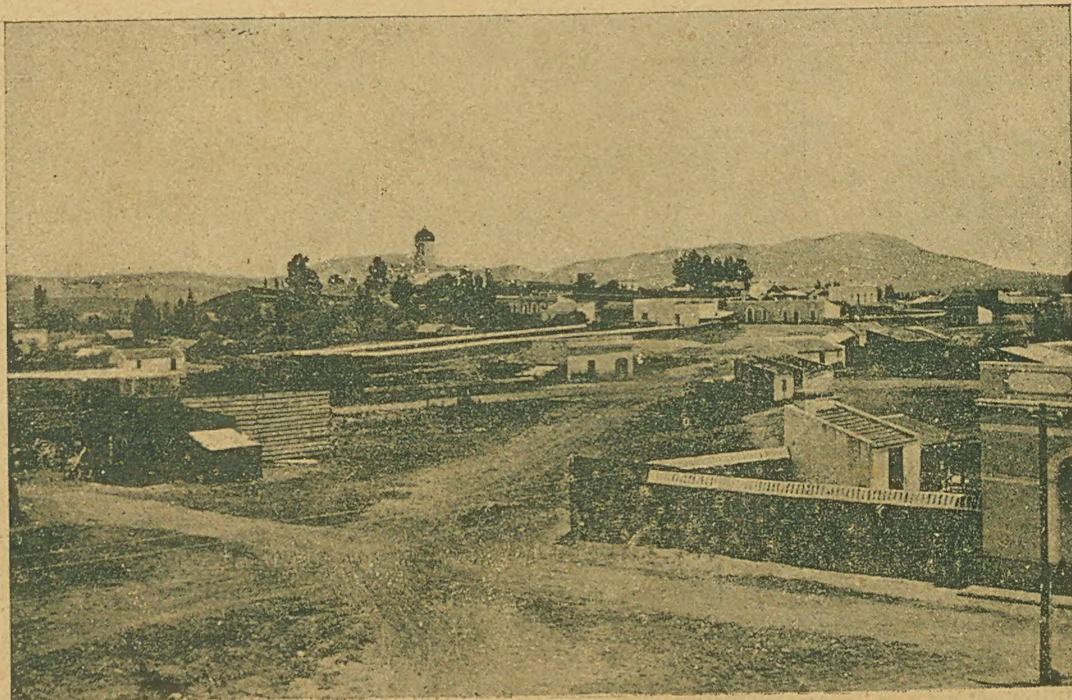
Si, la música es compañera inseparable del hombre, sinó escuchad esas cantilenas plañideras que entona la madre al arrullar al hijo de su amor en la tibia cuna de sus amantes brazos; y ese madrigal de amores, esa dulcísima serenata con la que el jóven enamorado exhala el sentimiento que le inspira la amada de su corazón; escuchad el éco jemebundo de la *quena*, con que, imitando á la harmoniosa flauta de Pan, aún el aborijen de los bosques americanos encanta la soledad agreste de sus lares; escuchad esos cantos populares, éco de la vida sentimental de los desgraciados y de los oprimidos, en cuya música atrevida, original y enérgica, es donde suelen beber los grandes compositores inspiración inagotable y pura, como el sediento el agua cristalina en la corriente del fresco manantial; escuchad, luego, lo que llaman un *triste* de nuestros campos, acompañado en la guitarra, las sentidas décimas del payador, bajo el alero del pajizo rancho, á la hora que el ganado está recojido y el sol se pone en el horizonte; y escuchad esas grandiosas sinfonias, esas romanzas inspiradas, esos coros harmoniosos que nos legaron en óperas imperecederas los génios de la música universal, los Bellini y los Wagner, los Bretón ó los Cárlos Gómez; y en fin, escuchad esos sones fúnebres con que acompañan al héroe, al sábio ó al artista á su última morada en una apoteósis sublime, y ved si, como dije, ya no es la música compañera inseparable del hombre; es, como expresa la célebre diva Adelina Patti en precioso autógrafo con que obsequió mi humilde persona, es *la música amada por todos, porque ella sabe reir con los que están alegres y llorar con los que están tristes*...

Y es *amada por todos*, porque su idioma es universal; es accesible á todos los sentimientos, penetra en oleadas de luz es todos los cerebros... Cuando caigan las fronteras, desaparezcan las pátrias pequeñas del planeta, cuando todos los hombres hayan desterrado el *ego* maldito, y cuando sea fúlgido sol de las conciencias el Amor universal, la música tendrá esto adelantado, que ella desde el primer dia que derramó los torrentes melódicos sobre el mundo, ella sola fué comprendida portodos, ella sola fué la amada, ella sola; fué el lirio que perfuma, la frase que conmueve, el beso que deleita, la luz que nos alumbra el camino y sus asperezas, abierto á todos los grandes horizontes que embellecen la vida.... El milagro se debe á que la música no tiene pátria; lo mismo, sentimos hondamente, cuando el alemán Wagner toca llamada en el arpa de nuestros sentimientos con la magistral sinfonia del *Tanhaüsser*, que cuando el italiado Verdi nos conmueve con su deliciosa: *Celeste Aida*...

A debo expresar porqué sostengo que Verdi no tiene pátria. Mejor dicho, la pátria de Verdi es el mundo entero. Allí donde haya corazones que vibren como un arpa de sentimientos; allí donde dos lábios de rosa canten los madrigales del amor y entonen las plegarias de la fé sincera y no positivista que brota del raudal del alma; allí donde un pueblo sienta las expansiones de la libertad, que conmemore los triunfos del trabajo y de la industria; allí donde se combata con todas las armas nobles del pensamiento; allí aleteará potente el espíritu genial de Verdi. Por eso digo que no pertenece á esa necrópolis inmensa que muchos llaman: *pátria*, ni á esa fórmula pasajera titulada: *nación*, como si todos los corazones formados del polvo deleznable del planeta no sufrieran los mismos dolores, no gozáran los mismos placeres, no murieran la misma muerte. El génio de Verdi, encarnando el génio de la música moderna, es el que acerca la fraternidad verdadera de los pueblos, porque su música sublime está latente en todas las almas, vibra en todos los lábios y está pulsando en todos los humanos corazones.

Francisco C. Aratta.

Montevdieo, Octubre de 1897.



Entrada de la ciudad de Minas por el camino Verdum — (De fotografía)

LUZ DE ESTIO

(Del libro inédito « Hojas de Parra »)

Ven niña mia, ven que convida
La grata sombra que dan las ceibas,
Y allí al columpio de mis rodillas,
Pasar unidos toda la siesta.
Ven que yo encuentro toda mi dicha
Besando amante tu tez morena
Y me extasia mirar la ardiente
Luz de tus grandes pupilas negras.
Tú entre mis brazos y reclinada
Sobre mi pecho tu alta cabeza,
Poder contarte, como yo quiero,
De amor eterno todo un poema.
Ven niña mia, ven que es más suave
El aura mansa bajo las ceibas,
Y trae perfumes de camalotes
Para dejarlos sobre tus crenchas.
¡Ah! que felices si iguales siempre,
Los dos unidos, mi bien, pudiera,
Pasar contigo que tanto me amas
Besando amante tu tez morena!

Gonzálo Larriera Varela.

San José de Mayo, Octubre 21 de 1897.

Ansias horribles

A mi buen amigo Guillermo Rivas

Yo vivo entre una carne que me oprime
Y á mi espíritu muerde con espanto;
Yo vivo entre paredes de materia
Como una monja entre la fé del cláustro,
Como una luz por una tápia oculta,
Como un león entre hierros apresado!
Yo vivo entre una celda organizada,
Pensando sin saber como he pensado;
Recorriendo regiónes y paises
Mientras el cuerpo yace en el letargo;
Gozando de placer y de alegria
Cuando siento algun miembro mutilado;
Y llorando con lágrimas amargas
Cuando el ser material goza á destajo!
No comprendo el porqué de esos contrastes,
El gran enigma á descifrar no alcanzo,
Viajando voy por sombras funerarias
Sin que un rayo de luz me salga al paso;
Sin poder descorrer ni un solo pliegue,
Ni un solo extremo del tupido manto;
Sin que un solo vislumbre de esperanza
Me reanime en el viaje sin descanso!
La ciencia del psicólogo resume
Expone y clasifica en un gran cuadro;

El fisiólogo estudia la materia
Y el organismo todo funcionando;
Las leyes del espíritu se dictan,
Las leyes de los cuerpos se han trazado,
Pero espíritu y cuerpo se reunen,
Para vencer la asiduidad del sábio,
Para vencer la ciencia idealizada,
Para vencer los materiales datos!
Yo prosterno mi frente sudorosa
Ante esa valla del saber humano;
Yo me inclino en tierra reverente
Ante esa religión de lo ignorado;
Yo comulgo en la fé de los que quieren
Penetrar anhelantes al santuario;
Yo imploro, en fin, caido de rodillas
Las deslumbrantes luces del arcano!
Quiero saber como la vida nace,
Como funciona ese motor extraño,
Como brota la luz del pensamiento,
En una cosa que jamás ha hablado,
En una cosa que es materia muda,
En una cosa que no es más que barro!
Quiero saber porqué la carne impura
A mi espíritu muerde con espanto;
Porqué vivo encerrado en la materia
Como una monja entre la fé del cláustro,
Como una luz por una tápia oculta,
Como un león entre hierros enjaulado!

MARIANO PEREIRA.

Montevideo, Octubre 21 de 1897.

¡Cesante!

Elementos de novela

POR

Pedro C. Miranda

II

Don Casto era el veterano de los empleados; el primero en sentarse todos los dias á su mesa de trabajo, el último en marcharse y el último en categoria, no obstante sus buenos servicios y su antiguedad en el puesto; el único que no contaba faltas inmotivadas en la foja de sus treinta años de empleado ; el que cobraba menos sueldo y el que más trabajaba; hasta sacudia el pólvo de los estantes y barria algunas veces! Y él, todo, todo lo hacia gustoso por su hábito al trabajo, como autómata, sin pensar en que pudiera existir algo más superior, más digno. Habia que verlo sentado ante su mesa de labor, entintando bajo las puntas de su pluma flexible fojas, y más fojas de papel sellado, con la cabeza ladeada, reflejando en la media sonrisa que entreabria sus lábios, el goce, la satisfacción, el orgullo con que llevaba á cabo aquella, para él, obra de aliento, joya de la caligrafia, estampando con los más hermosos rasgos y perfiles, los más elegantes números, las más bien formadas letras y los más artisticos rótulos y encabezamientos! Daba gusto ver lo bien que le resultaban aquellas páginas, modelos de pulcritud y elegancia, sin contar un tilde, la omisión de un punto sobre las *ies*, ni un acento de más ni de menos, todo, todo reflejando el órden y la corrección; la práctica y su buen pulso de escribiente. ¡Pobre! Qué mal correspondido era por su gefe y demás émulos oficiniles! Á él se le cargaba de trabajo (esto no le significaba nada, al contrario, le enorgullecia); sobre él llovian quejas de todas clases, de las que, solo eran responsables sus compañeros, jóvenes ineptos y holgazanes. Y, él era tan bueno, tan hombre de Dios, que disimulaba aquellas barrabasadas ú omisiones de los otros, que le perjudicaban á él, y trataba de remediarlos como podia. El pagaba las fojas inutilizadas y las que se traspapelaban, sin decir una palabra, sin exalar una queja; á él acudian los otros por plumas, papel, lápices y secantes, á cada rato, y ¡pobre hombre! (cosa inicua á él que no bebia ni fumaba) hasta le pedian dinero prestado para café y cigarros, el cual, inútil es decir, que jamás le devolvian. Y, mientras se sacrificaba y lo sacrificaban tan despiadadamente, él, siempre laborioso y cumplidor, escribe que te escribe, ellos; un jovenzuelo medio poeta delgaducho, con una inmensa nariz en forma de pico de loro entre dos ojillos fosforescentes como los de un gato; se pasaba horas y horas, componiendo versos cuyas silabas contaba con los dedos; otro, que con su cara larga y puntiaguda parecia un lobo, no se ocupaba nada más que de sus mostachos enormes, enroscándolos en forma de cuernos, y adoptar posiciones estratégicas al sentarse junto á su mesa, para evitar las rodilleras en el pantalón; y asi todos los demás ocupábanse de todo, ó mejor dicho, de nada inherente al despacho. Solo Don Casto, el laborioso, el fénix de los empleados, el honorable á carta cabal pasante, seguia su tarea, sin fijarse en sus colegas, sin parar mientes en lo que hacian, trabajaran ó silbasen, rieran ó cantaran, dormitasen ó salieran á la calle, limitándose á dirigirles una mirada suplicante cuando por fas ó por nefas se armaban grescas entre aquella falange empleadil, acompañando su ojeada con alguna frase prudencial: «Señores... Señores... que si viene el gefe...» Y, á veces, á raiz de esta alocución, todos enmudecian y el órden se hacia como por encanto en aquella ratonera. Es que habia aparecido ante ellos una cabeza enorme y sin pelos, de rostro gordóflon, con gran papada, que le daba aspecto de zapo; unos espejuelos azules bajo un bosque de cejas grises; una gran levita con las costuras blancas envolviendo apenas, una figura panzuda.

Era el jefe, personage cuarenton, autoritario, de gran prosopopeya en su lenguaje y de carácter irascible. Sus empleados que le conocian el génio, ni respiraban en su presencia. Todo el mundo corria á su puesto. Hasta el mismo Don Casto se hacia pequeñito, allá en su mesa, escribiendo siempre, pero, sin su sonrisa proverbial, sin su aire de goce en el rostro. Inmóviles todos los beligerantes, quietos los pies debajo de las mesas, en medio de aquel siléncio sepulcral, solo se oia el rozar de las plumas sobre las hojas de papel. Esto duraba mientras se hallaba alli el hombre parecido al zapo, echando ojeadas por todo el ámbito de la oficina, impartiendo órdenes, á veces, arreglando con su propia mano alguna pila de expedientes. Apenas volvia la espalda, para salir otra vez se hacia el bullicio, tornaba la vida, la alegria en la leonera; y allá en su mesa Don Casto, escribia, escribia siempre, con la cabeza ladeada y la sonrisa en los lábios, orgulloso, satisfecho, gozando en su trabajo.

(Continuará).

A TÍ

No tu garganta de contorno heleno
El collar diamantino muelle oprime,
Ni refulge la perla en tu albo seno,
Flor de luz en artístico alfiler.
Ni redecillas con abejas de oro
Tu cascada de rizos aprisiona,
Ni se ostenta en tus sienes la corona
Guarnecida de fúlgido oropel.
Una hermosura como tú, sencilla,
Y bella sin adornos ni ficciones,
Para llevar tras si los corazones
No ha menester artificioso ardid.
Esa cinta que prendes á tu cuello
Y que una cruz del Redentor sujeta,
Vale más á los ojos del poeta
Que todos los diamantes del Brasil.
El terciopelo ó la sonante seda,
Los chales de las vírgenes de Oriente,
Los calados de gasa transparente,
El vaporoso encaje de Ceilán—
No hacen falta jamás á tu hermosura
Que resplandece como el sol sin ellos,
Tus encantos de diosa hace más bellos
Un lindo traje de modesto olán.
Asi, sencilla como flor del valle,
Con tu hermosura por mejor adorno,
Giran las gracias de tu ser en torno;
Asi te canto, asi te quiero yo.
¿Qué importa el lujo con su pompa vana?
Tú, del hogar bajo el tranquilo techo,
Como un tesoro en el sensible pecho,
Guardas tu sencillez y nuestro amor.

RODOLFO MENÉNDEZ.

MARÍA

Un oportuno descuido de una espiritual amiga nuestra, nos ha permitido leer una carta que le ha dirigido otra señorita, amiga suya, tan bien escrita ó tan bien puesta, como decimos familiarmente, que no hemos resistido á la tentación de copiar un fracmento y regalarlo á nuestros lectores, para que vean complacidos como nosotros, que nuestro bello sexo, si bien con la modestia que le es peculiar, al par de las dotes del corazón, cultiva y perfecciona las de la inteligencia.

Si no nos engañamos, la señorita autora de esta carta tiene especiales aptitudes para el género descriptivo; ella ha recorrido, no ha mucho, los lugares de que trata; lugares que ha hecho célebres el poético colombiano don Jorge Isaacs. por pasar en ellos la acción de su Maria. He aqui lo que hemos podido copiar:

«Difícil tarea me impones, querida amiga, al exigirme que te describa el *Paraíso* de Jorge Isaacs, pues para ello se necesita de talento poético del que, como tú bien sabes, carezco; pero el deseo de complacerte suplirá ésta y las demás faltas. Aqui tienes, pues, una reseña: Hállase situado el nido de los amores de Jorge y Maria, ó lo que es lo mismo, la bellísima casa ó poética mansión en que ellos vivian, al pié de una hermosísima colina, cubierta de frondoso bosque, y á las márgenes del cristalino Zabaleta, que parece besar con sus ondas el césped en que posó la romántica Maria su delicado pié; y aqui, las precipitadas aguas, como impacientes de salir del bosque, para entrar en la llanura, estrellandose contra enormes piedras, conviértense en hervidora espuma y truécanse otra vez en limpida y trasparente linfa, que detenida en su curso por una suave ondulación, forma el baño en que Maria esparcia flores, cuando su amado debia buscar el refrigerio.

«Durante las horas que alli permanecí, estuve extasiada en la contemplación del hermoso valle del Cauca y del caprichoso curso del caudaloso Amaime, en cuyo raudal Jorge estuvo á punto de zozobrar, aquella vez que en la obscuridad de una lóbrega noche, tuvo que atravesar sus enfurecidas aguas, para ir en pos de un médico que restableciera á Maria del primer síncope ocasionado por el amor. Después de contemplar el bello panorama que tanto recuerdo evocaba al lector de Maria, penetré en el que fué albergue de la romántica juventud de la amorosa pareja; y con el libro en la mano recorrí, uno por uno, los aposentos de tan poética mansión. Más que todo me sorprendió lo realista y exacto de la descripción. ¡Con qué fidelidad pinta el autor el jardin; cómo se embriagan los sentidos cuando se aspira el perfume de los azahares y el exquisito aroma de los jazmines! Cuán indescriptible es la emoción que se experimenta al contemplar la elevada piedra, enverdecida por el musgo, que servia á Maria de mirador, de donde veia el regreso de Jorge después de las faenas del dia ó á la vuelta de alguna caceria!.... Aqui

tienes, amiguita mia, que sin pensarlo me he remontado al romanticismo, y para seguir siéndolo y terminar con ello, te confesaré que, como el Icaro de la fábula, se me han derretido las álas y del vuelo fantástico que habia tomado la imaginación, me veo precisada á descender á la realidad de la vida común, sin poesia, sin romanticismo, sin ficción. Para probarte que lo demás es todo ilusión forjada por la imaginación del vate, te contaré lo que descubri de positivo en los amores de Jorge y Maria. Maria no ha muerto, sino en el corazón del autor, y existe aún, en Bogotá, bajo el nombre de M... según el decir de una señora contemporánea, y tiene esposo é hijos, como toda hija de vecino, hallándose entre ellos una lindisima niña, muy parecida á su madre, de quién ha heredado, además de su belleza, el romántico nombre.»

Pedimos gracia á la inteligente autora, como á su amiga, dueña de la carta, por la indiscreción que acabamos de cometer.

R. E.

Tristezas

A G. Larriera Varela

Por la negra región del desengaño
mi pensamiento, solitario, vaga,
y tan sólo en senderos de tristezas,
pósase siempre mi rendida planta.
No hay en mis largas y azarosas rutas
una estrella que alumbre mi jornada
y sólo, de mi vida en el desierto,
la canción de los males me acompaña.
Cruzan por los espacios de mi mente
los recuerdos, en ronda atropellada:
esas flores azules que no mueren
cuando la dicha asílase en las almas.
Dejándome, risueños, los colores
de las auroras de mi tierna infancia;
cuyos tintes disipanse en la sombra,
en que mi enfermo corazón batalla.
El huracán de las desdichas, fiero,
llevó en sus álas del jardin de mi alma,
desvaneciendo, en el confin sombrio,
la fulgurante flor de mi esperanza.
Yo vivo en la estensión de los nublados,
con el sello sin luz de la desgracia,
escuchando los écos quejumbrosos
que sueltan por los aires las borrascas.
Y, apartado del mundo y sus rumores,
tan sólo encuentro de mi suerte infausta,
sin estrellas la noche de mi vida
y un sepulcro perdido en lontananza.

ALBERTO AGÜERO.

Jan José de Mayo, Octubre 21 de 1897.

Ella!...

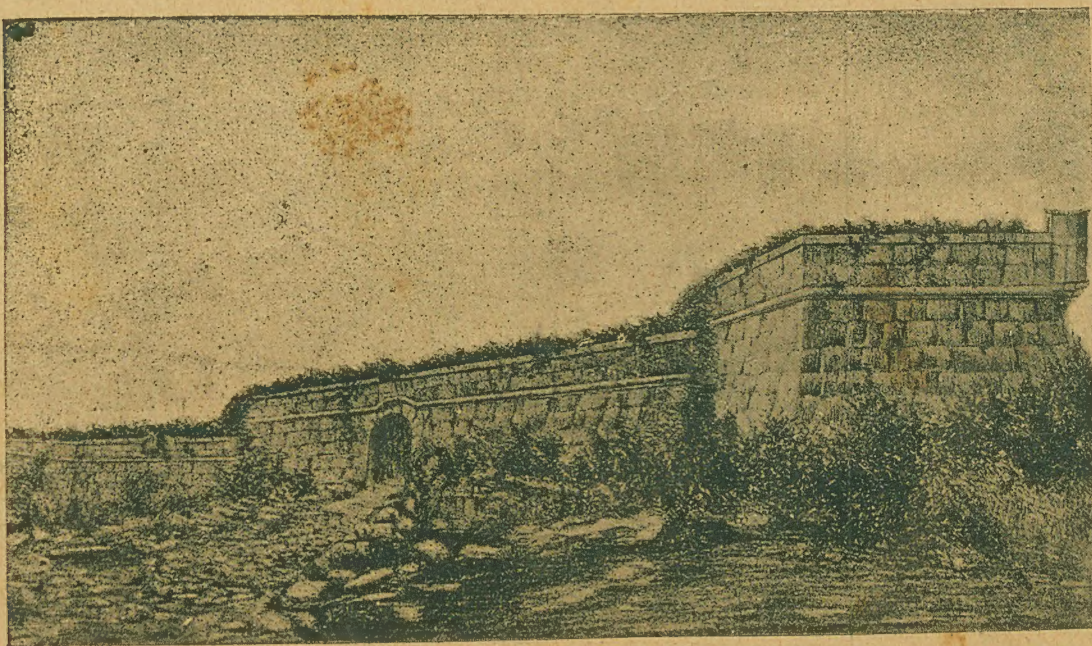
Ahi pasa ELLA.

Exhuberante de belleza, circundada por una aureola de luz y dejando en pos de si, una estela de embriagador perfume! Son los ojos de ELLA, negros, como negro es el pecado; son sus crenchas oscuras como oscuro es el pétalo del pensamiento; son sus mejillas y sus lábios rosados, como rosado es el primer amor; son sus dientes niveos, como niveo es el armiño; es su mirada vaga y melancólica, como vaga y melancólica es la mirada de las púdicas virgenes; es su voz dulce y suave, como dulce y suave es la voz de los ángeles; es sensible, como es sensible el honor; es modesta, como es modesta la fragante violeta; es timida, como es timida la gacela; es poética, como es poética una lágrima de amor; es tierna, como es tierno un suspiro; es risueña, como es risueña la esperanza; es bondadosa y amable, como bondadosa y amable es el hada que nos aliente en la noche del pesar; es su talle elegante, como elegante es la palmera; es su andar ritmico y cadencioso, como ritmica y cadenciosa es la estrofa del potea; es su porte augusto y magestuoso, como es augusto y magestuoso el porte de las reinas; son sus manos pequeñas, como pequeña es la vida; son sus dedos diminutos, como diminutos son los dedos hechos para deshojar rosas; es su pié breve, como es breve la felicidad. Es ELLA, en fin, el compéndio de lo explendente; la viviente encarnación de la belleza ideal; la personificación latente de la bondad; ese verbo de todo lo humanamente distinguido, noble, sentido y poético!...

¿Quereis saber quién es ELLA? Preguntádselo á mi tierno corazón, preguntádselo, si, á él, que vive en eterna agonia, desde el instante en que la conoció; preguntadle si, á él, el nombre del ser que adora y causa su martirio, y él os lo dirá!...

ROBERTO.

Montevideo, Octubre 23 de 1897.



Fuerte de Santa Teresa en el departamento de Rocha — (De fotografía)

HORAS MALDITAS

Al amante que acecha el momento
en que puede acercarse á la reja
á gozar de sus dulces amores,
¡qué largas se le hacen las horas que espera!
Para el triste que teme el instante
en que llega la aurora siniestra
donde debe subir al cadalso,
¡el tiempo que falta, cuán rápido vuela!
Misterioso reloj de la vida,
que impasible ante el gozo y la pena,
el instante de dicha retardas,
¿por qué en cambio el horrible aceleras?

C. FERNANDEZ.

EL ESPEJO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS ESPECIALMENTE PARA « VIDA MONTEVIDEANA »)

I

Erase un reino en el que no habia espejos, pues todos los que en otro tiempo figuraban en las casas del pais, habian sido rotos y hecho añicos por órden de la reina.

La persona que hubiese poseido uno de estos objetos, pódia tener por segura la pérdida de la vida.

La reina era monstruosamente fea, y no queria exponerse, cuando paseaba por la ciudad ó hacia una visita, á ver reflejada su imájen en parte alguna, consolándose con la idea de que las demás mujeres no podian contemplarse y admirar su propia belleza.

Esto, como era natural, causaba profundo disgusto á las hembras del pais, las cuales

tenian también prohibido el mirarse en el cristal de los rios y de los lagos.

II

En un barrio, extramuros de la ciudad, vivia una jóven llamada Jacinta, que estaba menos triste que las demás, porque tenia un novio que la adoraba con delirio.

La persona que os encuentra hermosa y no se cansa de deciroslo, puede hacer las veces de espejo.

—¿De véras—preguntaba Jacinta — qué mis ojos son admirables?

—No los hay más sorprendentes en el mundo

—¿Y de qué color es mi cútis?

—Más blanco que la nieve.

—¿Y qué dices de mis lábios?

—Que parecen una cereza partida.

—¿Y mis dientes?

—Son tan finos y tan blancos como el grano de arroz.

Asi hablaban los enamorados, teniendo Jacinta la dicha de oir elogiar lo que el galán tenia la fortuna de ver.

Concertóse, al fin, la boda; pero cuando la noticia del enlace llegó á oidos de la reina, propúsose ésta destruir la felicidad de Jacinta, á la que detestaba, por ser la criatura más hermosa de la comarca.

III

La víspera del matrimonio paseábase Jacinta por un prado, cuando de repente se le presentó una anciana en demanda de limosna.

De pronto la vieja lanzó un grito de espanto, y exclamó:

—¡Cielos! ¡Qué horror!

—¡Qué os pasa, buena mujer? ¿Qué habeis visto en mi?

—El ser más feo que hay en el mundo.

—¿Soy fea?...

—No hay palabras con que ponderar vuestra fealdad.

—Pero mis ojos...

—Son horribles.

—¿Y mi cútis?

—Negro como el carbón.

—¿Y mi boca?

—Verdaderamente repugnante.

—¿Y mis dientes?

—Largos, desiguales y amarillentos.

Acto continuo, la vieja, que debia ser una hada milagrosa, amiga de la reina, se alejó presurosa, lanzando una carcajada, mientras Jacinta caia en tierra con los ojos inundados de lágrimas.

IV

No era posible calmar la aflicción de Jacinta.

—¡Soy fea!—exclamaba á cada instante —¡soy rematadamente fea!

Era inútil que su prometido le asegurase lo contrario.

—Déjame en paz—le decia—mientes porque me tienes lástima; pero no me amas ni me has amado nunca.

Para desengañarla, apeló al testimonio de varias personas, las cuales declararon que Jacinta era en verdad un prodigio de hermosura. Pero la doncella creyó que los testigos habian sido comprados por su amante, é insistió en dar únicamente crédito á las palabras de la anciana.

No hay frases con que pintar la desesperación del mancebo, tan ardientemente enamorado de Jacinta, la cual habia llegado á renunciar á su proyectado matrimonio.

—¡Soy demasiado fea para casarme!—repetia la doncella á cada instante, sin que hubiera medio de convencerla de que estaba en un error lamentable.

La única manera de desmentir á la vieja, habria sido poner un espejo ante los ojos, de Jacinta. Pero ¿dónde encontrarlo?

—Pues bién, iré á la corte—dijo el novio —y por bárbara que sea nuestra soberana, no dejarán de conmoverla mis lágrimas y la belleza de mi amada.

Gran trabajo costó llevar á Jacinta á palacio, donde no queria mostrar su horrible fealdad. Sin embargo, acabó por consentir accediendo á las súplicas de su amigo.

V

—¿Qué gente es esa? ¿Qué desea?

—Majestad, soy el amante más infortunado de la tierra.

—¿Y á mi qué me importan vuestras penas?

—Apiadaos de mi dolor y permitidme que me procure un espejo...

La reina se levantó furiosa y le dijo:

—¿Quién se atreve á hablar de espejos en mi presencia?

—¡Tranquilizaos, majestad! Esta jóven tan fresca y tan hermosa que me acompaña, tiene la manía de que es horriblemente fea...

—Y está en lo cierto—contestó la reina—porque jamás he visto más espantoso rostro.

Jacinta creyó que iba á morir de tristeza.

La duda no era posible, puesto que á los ojos de la reina, lo mismo que á los de la mendiga, era un ser á todas luces repugnante.

El amante, al oir la terrible opinión de la soberana, dijo en alta voz que la reina se habia vuelto loca, á menos que hubiese mentido.

No pudo añadir ni una palabras más.

Los guardias se apoderaron de su persona, y la reina dió órden de que cortaran inmediatamente la cabeza al prometido esposo de Jacinta.

El verdugo levantó un ancho y reluciente alfanje y á un mismo tiempo se oyeron dos agudos gritos: uno de alegria,—porque en el desnudo acero se habia contemplado Jacinta en todo el esplendor de su hermosura, y otro de angustia, porque la infame reina exhalaba el último suspiro á causa de la indignación que le habia producido el verse reflejada su fealdad en el improvisado espejo.

CATULLE MENDÈS.



Escuela-Asilo de la ciudad de Paysandú — (De fotografía)

NOTAS

Hemos recibido un trabajo literario del señor Dalmiro Cordones y Martinez, otro de nuestro colaborador *Twala* y varias poesias, los que no van en este número por falta absoluta de espacio, y por haber llegado demasiado tarde. Pedimos disculpa á sus autores por esta demora.

En vista de la entusiasta aceptación que ha tenido en nuestra sociedad la nueva pieza «polka militar» que se ha bailado en los recientes bailes de la Legación de Chile, Club Uruguay y en casa de los señores Howard, el reputado maestro don Gerardo Grasso, autor del Pericón Nacional, se ha decidido á escribir una, que piensa dedicar á esta Revista, la que publicaremos con el primer número del mes entrante.

La reputación artística que tiene conquistada el señor Grasso, es suficiente garantia para asegurar que la nueva Polka Militar será brillante.

En la segunda cuarteta del soneto *Fúlmen* que publicamos en nuestro número anterior, ha sido omitido el segundo verso. La cuarteta debe ser la siguiente:

Tu innoble corazón lleva consigo,
cual una sierpe, la intención menguada;
por eso, tu amistad que me degrada
desde ahora y por siempre la maldigo.

El señor Aníbal Fulquet ha tenido la fineza de obsequiarnos con una bonita guitarra, verdadera obra de arte, ejecutada según un modelo hasta ahora desconocido del que él es inventor.

Esta guitarra, es recomendable por su elegancia, su consistencia y duración y por la igualdad en la intensidad sonora de las seis cuerdas. El modelo que ha inventado el señor Fulquet es de una construcción en extremo delicada. La caja sonora sólo admite ciertos adornos de madera finísima, ornamentándose únicamente la circunferencia, el diapasón y el clavijero, pues los adornos en otras partes del instrumento perjudicarian la propagación de las vibraciones y la intensidad del sonido seria deficiente y no resultaria dulce. El secreto de la invención está en la colocación de las barras armónicas interiores. El señor Fulquet piensa presentarse al Gobierno para obtener privilegio. Por nuestra parte agradecémosle la atención y le felicitamos por su adelanto.

Aviso de Administración

Teniendo conocimiento que el reparto del número anterior de nuestra revista ha sido efectuado con alguna irregularidad por las personas encargadas, rogamos á aquellos de nuestros abonados que no hallan recibido ese número, lo reclamen á la Administración, en la seguridad de que serán inmediatamente atendidos.

Establecimiento gráfico á vapor, Convencion 82.